

UNIVERSIDAD NACIONAL JORGE BASADRE GROHMANN, TACNA

LA CASA DE BASADRE, LA VIDA FAMILIAR

Jorge Basadre Grohmann, "La Vida y la Historia", 1975



LA CASA FAMILIAR

Los recuerdos de la infancia en Tacna en los días de la ocupación chilena no son para mí una serie de hechos, o de rostros, o de panoramas eslabonados sistemáticamente en el tiempo. Superviven, más bien, dentro de un vasto conjunto indiferenciado, como el mar aparece ante los ojos de quien lo contempla desde una playa o desde un barco. Se mezclan dentro de ese todo el hogar, la familia, la ciudad natal, los amigos, cosas que ocurrieron o que oí relatar, sucesos en los que participé o que vi, o que creo que existieron, sentimientos o impresiones cuyo aroma aún me sirve de compañía, mezclados con fragmentos de experiencias más recientes.

“¡Una imagen de casa!” En muchas ciudades y suburbios de nuestro tiempo, al lado o lejos de los monstruos creados impunemente por un ávido e implacable comercialismo, suelen hallarse hospitalarias mansiones que, de un modo u otro, cercana o lejanamente, quieren tener raíces porque hay familias ansiosas de hacer de ellas una expresión de sus vínculos reales o imaginarios con el pasado, en vez de encarar en el vacío las desarraigantes visiones del futuro...

Se ha dicho que la imagen de la casa ejerce enorme influencia sobre la mente humana...

Lo único que trato de expresar es que, detrás de la fachada con piedra de cantería netamente tacneña, experimenté, en cada momento, la sensación de vivir en una mansión sugeridora de la idea de espacio amplio y no excesivo, lleno de lugares ocultos que suspiraban o rechinaban o susurraban con intimidad y sencillez confortables, acogedoras, íntimas. Era como si al construir aquella casa, mis abuelos hubiesen metido sus manos en la tierra sembrando allí lo que esperaban les sobreviviera. Sus almas habían renunciado a la vida del pájaro en el aire al celebrar algo así como un matrimonio telúrico, más fuerte que el tiempo.

Carecimos, por cierto, de alardes suntuarios; pero, ni pobres ni ricos, vivimos en una especie de constelación imaginaria como parte de un ambiente que fue, callada e invariablemente, acogedor para nosotros mientras allí estuvimos con la invisible tremenda fuerza de lo sencillo. Esta manera plácida de vivir que logró desafiar el paso, entonces tan lento, de los días, tuvo una radical autenticidad. Lo que significó perder un tesoro cotidianamente disfrutado entonces como si se tratara de una cosa indiscutible, sin darnos cuenta de ello. Sólo supimos apreciarlo tardíamente cuando la vida nos arrancó de allí para aventarnos a extraños e inhóspitos lugares.

La vieja casa familiar ubicábase en la plaza Colón, en una esquina (actual Plaza de Armas). Al lado derecho del hogar veíamos a la Catedral, entonces inconclusa, pero con sus dos torres, erectas como si fueran mástiles orgullosos sobre un barco varado, sobreviviente de alguna silenciosa tempestad. Está hecho aquel edificio con el rosáceo sillar tacneño, más hermoso aunque menos conocido que el blanco de Arequipa.

RAICES

Sentirse enraizado en la tierra propia es, acaso, el mejor privilegio que un niño puede alcanzar. Si el terruño posee belleza y personalidad, le ha de estampar, sin que de ello se dé cuenta, ese sentido de compenetración con el mundo físico circundante, que es el más humilde y el más feliz de los dones otorgados por la vida. Y aquella lección será un tónico cuando lleguen las crisis de identidad juveniles y de la mayor edad. Importa mucho sentirse salvaguardado espiritualmente desde el comienzo, no partir de cero, tener un respaldo de cosas vivas y sanas, respirar en un cierto tipo de clima desde que se hace a la vida consciente...

LA FAMILIA ABANDONA TACNA

Mi padre falleció en mayo de 1909. ¡Qué breve resultó para mí, el más joven de sus hijos, aquel tiempo en que festejaban mi cumpleaños y yo era feliz y nadie había muerto y toda la familia se reunía diariamente en el ritual de una asiduidad rigurosa y sencilla que nada tenía de rutinaria, en el comedor, alrededor de una gran mesa con sus sillones forrados de cuero, mi padre en una cebecera y mi madre en la otra!...

LA PATRIA INVISIBLE

Un importante elemento de mi primera formación intelectual proviene de los días de mi niñez en Tacna. Es el sentimiento de la “Patria invisible”, el concepto del Perú como un símbolo.

De niño, el Perú fue para mí, como para muchos, lo soñado, lo esperado, lo profundo; el nexo que unía a la lealtad al terruño y al hogar que invasores quisieron cortar, la vaga idea de una historia con sus fulgores y sus numerosas caídas y la fe en un futuro de liberación...

LIMA Y LA NUEVA MORADA

A comienzos de 1912 nos embarcamos en Arica con rumbo al Callao en el vapor chileno *Palena*, uno de aquellos antiguos barcos de pasajeros de espléndidas aptitudes navieras, con camarotes frente al mar, espaciosas cubiertas y esmerado servicio.

Por varios años ocupamos en Lima un departamento en un segundo piso de la calle Boza. Más tarde nos trasladamos a la calle Lescano a unos altos; y luego, en 1917, a raíz del incendio en una ferretería en los bajos de esa casa, a la avenida de la Colmena, llamada oficialmente Nicolás de Piérola...

Alrededor de mi madre, hasta su fallecimiento en 1924, estábamos mis dos hermanas Luisa e Inés (está casada con Fernando Ortiz de Zevallos) y mis hermanos Gastón (cuyo matrimonio fue con Aurora Elguera), Federico (que formó un nuevo hogar con Clemencia Andraca), Carlos, Oscar y yo. Fue el nuestro, durante muchos años, un grupo muy unido, en el que el cariño profundo no contradecía el mutuo respeto, la no interferencia en los gustos o aficiones de cada uno, la familiaridad seria, sencilla y leal.

UNJBG/TACNA/Junio, 2004